

HISTORIA DE BUENAFUENTE DEL SISTAL

RELATO TESTIMONIAL

Al acercarse a páginas escritas por historiadores, se valora especialmente el trabajo de investigación, en muchos casos hecho a costa de horas penosas en archivos y bibliotecas; lo que cabe en una línea, ha supuesto desplazamientos, lectura, cotejo de fuentes, contraste de informaciones ..., todo para poder proponer al final un dato como hipótesis fundada. Es un servicio impagable el que nos hacen los historiadores que avalan con la mayor objetividad posible sus relatos.

No he oído a otros la parte de historia que me propongo narrar, ni la sé por haber investigado entre papeles. Llevo en mi cuerpo las señales de haber vivido cuarenta años a la luz y a la sombra de uno de los lugares más emblemáticos del Alto Tajo, el Monasterio de monjas cistercienses de Buena Fuente del Sistol.

APUNTE HISTÓRICO

Según consta en los archivos del Monasterio, la fundación data de la segunda mitad del siglo XII, cuando se intentó repoblar estas tierras que habían quedado desiertas a causa de la Reconquista. Sus primeros moradores fueron Canónigos Regulares de San Agustín, monjes-caballeros venidos de Francia, quienes después de permanecer cerca de cien años, por una permuta con el Arzobispo de Tole-



Portada románica que da a la Buena Fuente de la Iglesia monasterial

do D. Rodrigo Ximénez de Rada, cedieron la presencia monástica alcarreña para retornar a su tierra de origen. Posteriormente, con la colaboración de los Señores de Molina de Aragón, fundó en este lugar la orden del Cister. Desde 1245, momento en el que el Capítulo de la Orden aprobó la venida de monjas desde el Monasterio de Casbas (Huesca), hasta nuestros días, el Sistol es regido por monjas cistercienses.

Como mejor aval de los orígenes de la abadía permanece el sepulcro de Doña Sancha y de Dña. Mofalda, tercera y cuarta Señoras de Molina. En su día se celebró solemne protocolo con acta notarial y presencia forense, para atestiguar los datos. Dentro de un cofre de hierro se introdujeron los restos óseos, pertenecientes a dos cuerpos femeninos, y antes de ser lacra-



Arqueta sepulcral con los restos de Dña. Sancha y Dña. Mofalda, Señoras de Molina

do, se depositaron monedas y periódicos de la fecha. Se realizó el traslado de la arqueta al lucilo del muro norte de la iglesia románica, según se accede al templo, a la derecha. Era el lugar donde anteriormente estaba la pila bautismal, que actualmente permanece emplazada junto a las escaleras que dan al manantial de la Buena Fuente.

Dña. Marquesa, hija de Dña. Sancha, fue la primera abadesa del monasterio. Su sepulcro, después de la última intervención para la rehabilitación de la zona más antigua del cenobio, se encuentra posiblemente en el lucillo de la sacristía gótica, a un nivel inferior del suelo.

Hay diversas interpretaciones sobre el toponímico del lugar. Parece ser que en un principio tomó el nombre de «La Buena Fuente», por razón de las aguas saludables que siguen manando. El Señor de Molina, don Alonso, hermano de Fernando III, el Santo, aquejado de alguna fiebre, estando cazando por estos pagos, bebió del manantial y quedó curado. Desde entonces se llamó a esta tierra el «Lugar de una buena fuente». La Buenafuente, a la venida del Cister, pudo ser después apellidada con la nueva referencia monástica, y cabe que por evolución foné-

tica del nombre francés Citeaux, se le llamara del Cistel, del Sistel, después del Cistal, hasta llegar al nombre con el que hoy se conoce en el nomenclátor de los pueblos de España: La Buenafuente del Sistal.

La relación del agua del manantial con los efectos saludables, puede quedar confirmada si se tiene en cuenta que la primera edificación, con claros vestigios de románico francés, se construyó sobre la fuente y en ella se veneraba la imagen de Cristo, talla románica, con el título de la Salud. Aún hay vecinos de los pueblos del entorno que vienen al Sistal por agua, y recuerdan cómo era invocada la intercesión del Santo Cristo de la Salud cuando se vivían circunstancias de

extrema necesidad. Hoy día, las monjas, en momentos de tormenta, riesgo de incendios, o a petición de los fieles, siguen rezando rogativas delante de la imagen impresionante del Cristo, y encienden un cirio votivo, mientras cantan las oraciones rituales.



La Buena Fuente, en el muro occidental de la iglesia románica.



Ventana del ábside de la iglesia de Buena-fuente del Sistol.

ARTE Y FE

De la primera época, se conserva el templo románico, la planta baja del edificio, las imágenes del Santo Cristo y de Nuestra Señora, a la que las monjas llaman la Morenita, además del fondo documental. Un momento de esplendor del Monasterio fue el siglo XVII, época en que se levanta el edificio con dos plantas y se decora la iglesia con retablos barrocos. Del siglo XVI puede datarse la sillería del coro, con



Retablo Mayor, iglesia del monasterio. Imagen de la Madre de Dios y de San Bernardo

el escudo de los Mendoza, de estilo de «plegado de servilleta», actualmente colocada en el presbiterio de la iglesia y que sirve de estalas corales para las monjas en los actos litúrgicos. Este mismo siglo se decoró la sacristía interior con frescos que representan escenas de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, que han sido recientemente restaurados.

Para comprender mejor la actual situación del Monasterio, se deben recordar algunos momentos de especial sufrimiento, aparte del exilio que padecieron las monjas en el siglo XVI, cuando permanecieron cuarenta años en Aragoncillo, hasta que fueron reinstaladas por documento pontificio. El momento más recio, descrito por una de las monjas de la época, fue al principio del siglo XIX, cuando tuvieron que salir trece veces, huyendo de la posible invasión francesa, acarreando a las hermanas enfermas, un saco con los documentos, y la imagen de la Morenita. En el siglo XX, después de la confrontación civil, todo el territorio se deprimió, el éxodo de las gentes del campo dejó en total desierto al Sistol, con heridas que se pensaba eran irreparables y sin futuro.

NATURALEZA Y VIDA

La soledad, la pobreza, el aislamiento, la inclemencia eran circunstancias muy penosas para quien debía servir la capellanía. No obstante, la diócesis de Sigüenza-Guadalajara prometió la asistencia espiritual y litúrgica a las monjas mientras ellas permanecieran en el lugar.

Desde 1969 soy testigo de la historia de Buenafuente. El 16 de octubre inicié aquí el ministerio de capellán y párroco de Buenafuente, además de atender las parroquias de Villar de Cobeta y Huertahernando. Era Abadesa del Monasterio madre Teresita Barajuén, quien ha cumplido 102 años y más de ochenta en el Sistol. Mi primera homilía a las monjas, que aquel día estaban sacando las patatas de la huerta y vendiéndolas —su fuente de sostenimiento—, tuvo como argumento la oración, de manera especial por aquellos que comieran de aquella cosecha.



El otoño de 1971, la comunidad se planteaba la permanencia en el lugar. Yo me pregunté por qué se tenía que cerrar un Monasterio con 750 años de historia y por qué tenía que ser yo el último de sus capellanes. Estos interrogantes me movieron a difundir la presencia y situación de la Comunidad y del lugar de Buenafuente: «No queremos callar», me gritaron las campanas, mientras desde lejos las oía tañer a la hora de Vísperas.

«Tiempo llevo en la montaña, dos años he vivido a la luz y a la sombra de un cisterciense rincón; sus luces y resplandores me han emocionado; sus sombras y su futuro me obligan a escribir.

Se dice que las monjas deben marchar, abandonar el viejo Monasterio. No se ve la subsistencia del lugar.

Y esta naturaleza se resiste a perder lo que, desde los tiempos más remotos, oye callada y en serena quietud, como guardando todo en el fondo de su corazón.

Hoy las campanas, en atardecer de salmodia, me rasgaron el espíritu y me gritaron: «No queremos callar».

Ya veía: hombres, ansiosos de paz, acercarse; veía el gozo de las gentes que encuentran el lugar de su tranquilidad, y esta tierra sentía el escalofrío pudoroso

de ser descubierto su silencio monacal. Hambre y sed de espíritu, de plegaria, de encuentro con la obra creada en su desnudez, a traía a edades sin diferencia. Jóvenes montañeros bajaban hacia el Tajo, y hacen su parada en la frescura del agua nueva y vieja, porque nace en el convento y su edad es ya historia.

Fue como un sueño momentáneo que os quiero compartir.

Lejos de todo ruido se alza un bello Monasterio cisterciense, ocupado en la actualidad por once religiosas de la misma Orden, con la angustia de no saber cuál puede ser su futuro, ya que todos las orientan por marchar.

Hoy os quiero comunicar este grito de las campanas; os comunico esta angustia de las monjas, y al mismo tiempo oigo los gritos de los que se asfixian en la ciudad, y siento el quejido de los que no saben caminar para encontrarse con su ser. Yo os brindo este rincón, y lograréis que no desaparezca en nuestra tierra del Alto Tajo una de sus bellezas más entrañables y con mayor solera.



A vuestra disposición, a la sombra de este monasterio con el dulce nombre de Buenafuente del Sistol, en las tierras inéditas de Guadalajara» (Publicado en Nueva Alcarria, primavera de 1971).

Aún recuerdo el lugar histórico donde escribí de seguido esta intuición que hoy me asombra. Las cosas se ponían muy difíciles y no parecía que habría otra salida que cerrar el Monasterio; las monjas tendrían que trasladar la Comunidad a lugar más habitable, o fusionarse con otra comunidad o, en el peor de los casos, distribuirse las hermanas, según quisieran. Pero ¿por qué no intentar permanecer, aunque fuera de otra manera?

RESPUESTA PROVIDENTE

Los organismos oficiales, sensibilizados por las diversas publicaciones y llamadas, imaginaron la solución de convertir Buenafuente en un lugar de campamento para escolares; así podrían aplicar subvenciones y restaurar el edificio, a la vez que dar trabajo a las monjas. En la debilidad todo se muestra esperanzador. Sin embargo, por una extraña fuerza, se nos imponía la necesidad de renunciar a toda solución que atentara contra la identidad secular del lugar. Y sin tener ninguna alternativa a la propuesta de los organismos oficiales, se renunció a convertir el Monasterio en lugar de recreo y acampada para escolares en verano.

Por error, entré en contacto con las Hnas. de la Caridad de Santa Ana de Guadalajara. Pensé que eran las religiosas que habían escogido el pueblo de Ciruelos del Pinar para descansar en verano y que se quejaban de no tener Eucaristía, mientras yo, en Buenafuente, teniendo que celebrar todos los días sin nadie en el pueblo. Me presenté para proponerles que escogieran Buenafuente como lugar de su descanso. Ellas, sorprendidas por la historia del Sistol, se solidarizaron con las monjas con una generosidad que superaba lo imaginable. Debo mencionar expresamente a la Hna. Encarnación Garnica, en aquel tiempo superiora en Guadalajara. Las primeras personas que hicieron

Ejercicios Espirituales en el Monasterio fueron tres hermanas de Santa Ana.

En aquel momento no había lugar donde alojarse y lo hicieron dentro de clausura. La noticia se extendió por los medios de comunicación. Las revistas «Vida Religiosa», «Vida Nueva», «Ecclesia», «Religiosi oggi» se hicieron eco de la existencia de un monasterio románico cisterciense, que deseaba ofrecer silencio, pobreza, oración, naturaleza, compartir la liturgia, acoger según la Regla Benedictina. También se había publicado que en el Alto Tajo se subastaba un monasterio románico. Alguien se llegó a interesar por la posible rentabilidad de embotellar el agua de la Buena Fuente.

En 1973 acudieron un grupo de cuarenta personas a celebrar la Semana Santa. Entre ellas es obligado recordar a D. Carlos Castro Cubells y a Don Olegario González de Cardedal, junto con los que después formarán el primer patronato de la Fundación de Buenafuente. Al no haber ninguna





infraestructura de hospedaje, parte del grupo se alojó en Alcolea del Pinar y otra parte en Huertahernando. El pequeño grupo fue el fermento de lo que vendría a ser después la gran familia de los «Amigos de Buenafuente». Desde este año hasta el presente, cada primer martes de mes, tiene lugar la reunión de oración en Madrid. En 1976, Narciso Yepes ofrece el primer concierto, como apoyo y ofrenda al Monasterio. Fue el 3 de julio.

En este tiempo se gestiona con el ICONA la venta del «coto redondo» de Buenafuente, propiedad en un 80% de una cooperativa rural de Villar de Cobeta. Gracias a las gestiones elevadas ante el Consejo de Ministros, se logra que el Estado compre a los vecinos del Villar la finca, segregue los terrenos del proindiviso y queden de dominio público la parte que rodea al Monasterio y las vertientes al Río Tajo.

LA MISIÓN RURAL

El 3 de diciembre de 1977, dentro del el octavo centenario del primer documento que se conserva en el archivo del Monasterio, acontece un hecho que va ha confi-

gurar el paisaje de Buenafuente y su entorno: la llegada de las primeras Hermanas de la Caridad de Santa Ana para hacerse cargo de la «Misión Rural de Ayuda a Domicilio». Un servicio totalmente novedoso en favor de los pueblos de la comarca, especialmente de los ancianos que vivían solos.

En 1980, año centenario de San Benito, el Obispo D. Laureano Castán Lacoma bendice la capilla, diseñada por el arquitecto José Luís Fernández del Amo, donde actualmente se tiene el culto, excepto los meses de verano, y donde se veneran las imágenes más queridas por la Comunidad y por los pueblos del entorno, la del Cristo de la Salud, y la de la Virgen, llamada «la Morenita».

También este año se aprueba la Fundación Buenafuente del Sistol, cuya primera presidenta es Doña Jimena Menéndez Pidal. El 1 de diciembre se firma las Escrituras de la Carta Fundacional. Se publica el libro: «Guía del Peregrino», escrito por Doña. Jimena, donde se recogen los destellos providenciales de las ruinas levantadas y las casas restauradas.

CONTINÚA LA HISTORIA

Lentamente se va configurando el ofrecimiento eclesial de Buenafuente:

- Un monasterio abierto a la Oración y a la Acogida.
- Una Misión Rural de Ayuda a los pueblos del entorno.
- Una posible comunidad exterior de cuantos de un modo más o menos estable puedan sumarse, formando lo que llamo poblado de ermitas.

El 5 de mayo de 1985, el Obispo D. Jesús Pla, bendice el «Hogar Asistido», residencia de 10 plazas para los ancianos que necesitaban una atención mayor. Actualmente ha doblado la capacidad. La Diputación Provincial nos distingue con la placa de plata, en el día de la Provincia.

En 1986 se vuelve al proyecto de la comunidad, esta vez con sacerdotes diocesanos y un laico, y así nace la comunidad de «Las Eras».

En 1987, Año Santo Mariano, el 17 de



abril, sábado santo, se toma la decisión de reconstruir la ermita de la Virgen. El 3 de agosto de 1988, el Sr. Obispo D. Jesús Pla, durante la visita pastoral a las parroquias del entorno, bendice la ermita. La primera misa se dice en 1989, al restaurarse la tradición de la romería conjunta con la parroquia de Huertahernando.

En 1990, el 17 de diciembre, se firma el decreto de erección de la Parroquia de Santa María de Buenafuente. El 18 de diciembre se hace el nombramiento de los primeros párrocos «in solidum», y se consolida la presencia comunitaria de sacerdotes diocesanos, que desde Buenafuente atienden diversas parroquias del entorno. Actualmente cuatro sacerdotes sirven catorce pueblos e imparten la formación permanente de algunos monasterios de la diócesis.

NUEVA ETAPA

En 1991, el 17 de noviembre, toma posesión el nuevo Obispo, D. José Sánchez, quien elige Buenafuente como lugar para el encuentro anual de los sacerdotes jóvenes de la diócesis.

Con motivo de la celebración del XXV aniversario de mi ordenación y estancia

en Buenafuente, los Amigos organizan unas jornadas especiales. El 17 de septiembre bendice la plaza de Santa María el Sr. Obispo, D. José Sánchez, y la inaugura el Presidente de la Diputación Provincial, D. Francisco Tomey. Joaquín Achúcarro colma de armonía la nave del templo. El día 18, el Abad de Silos y D. Joaquín Luís Ortega presentan el libro: «Buenafuente, un monasterio del Cister, de M^a Teresa Villar y M^a del Carmen Villar.

1995, se celebra el 750 aniversario de la fundación del Cister en Buenafuente. El Nuncio de su Santidad bendice la ofrenda las nuevas campanas que hacen los Amigos. Se presenta el libro «La Buenafuente del Cister», escrito por las monjas y editado por Ibercaja. Con esta ocasión, ochocientas personas acuden desde los pueblos del entorno el día de la fiesta de San Bernardo.

La consolidación de Buenafuente como lugar de oración, de atención social a las gentes mayores de la comarca y de acompañamiento espiritual tiene su mejor manifestación en las diez mil estancias aproximadamente de personas que buscan un tiempo de silencio, en la ocupación casi total de las camas del Hogar Asistido, y en la buena acogida que tienen todos los programas de actividades, como peregrinaciones, cursos de formación, encuentros,



además del éxito de las publicaciones de libros de espiritualidad.

En Navidad, Pascua, Pentecostés y comienzo de curso, todos los amigos reciben información. Cada mes se envía por correo electrónico una carta reflexión que convoca a la oración en Madrid y cada semana, una breve meditación sobre las lecturas de la misa dominical. En el encuentro de Madrid se lee un mensaje de las monjas, que posteriormente también se envía por correo electrónico.

Aquel lugar donde únicamente vivían las monjas, el mandadero del convento y el guarda de los montes, se ha convertido en una pequeña ciudad de Dios. Todo gira en torno al Monasterio, a la liturgia. El silencio, la soledad, la naturaleza, la austeridad siguen siendo el mejor patrimonio que se ofrece a quienes deseen compartirlo. Sólo hay una liturgia, se acoge desde la Regla benedictina, que ilumina el rostro de cada huésped, para que se vea en él a Cristo.

Es un pequeño milagro que desde un rincón del Alto Tajo, con difícil acceso, y sin medios públicos para un acercamiento cómodo, se haya difundido la realidad de Buenafuente por todas las regiones españolas.

La comunidad de monjas mantiene el número de miembros, las Hnas. de Santa Ana siguen atendiendo a los ancianos, la comunidad de sacerdotes sirve catorce parroquias, un grupo de voluntarios ayuda al mantenimiento del conjunto, y se ofrece trabajo remunerado a una docena de personas.

La respuesta de Sor Bernarda, en el año 1970, a la pregunta de si se querían marchar las monjas de Buenafuente, «sin más que ni más, no», y la canción de sor Teresa: «Buenafuente no se acaba, no se acaba Buenafuente», han tenido feliz cumplimiento. Hay motivo para una constante acción de gracias a Dios y de entonar con el salmo 125. «Cuando el Señor cambió la suerte de Sión nos parecía soñar. Al ir iban llorando, llevando la semilla, al volver, vuelven cantando, trayendo las gavillas».

En lo secreto de esta historia se esconde la oblación de mi madre, y de las oraciones de tantos, que hoy ya nos miran desde el otro lado de la existencia. No se explica una historia así sin la fuerza que da quien provee de aceite de harina a quien da todo lo que tiene.